

Los monumentos mesopotámicos, el código de Hammurabi, los frisos monumentales de la Acrópolis, el altar de Pérgamo y la piedra de Rosetta, son sólo algunos ejemplos de los tesoros históricos que fueron saqueados por Occidente y que ahora se exhiben en los mejores museos de Europa y Estados Unidos. Muchos años después de ser expoliados, los legítimos dueños reclaman sus tesoros a Occidente.

# Los países milenarios reclaman sus tesoros arqueológicos a Occidente

Fotos y textos: Fernando Cohnen

Los monumentales frisos del Partenón de Atenas, que actualmente se pueden admirar en el Museo Británico de Londres, constituyen el objetivo prioritario de las autoridades griegas, que desde hace años exigen al Reino Unido su devolución a la capital helena. En 1799, Thomas Bruce, conde de Elgin, incumplió el trato de derechos de excavación en el Partenón que había pactado con las autoridades turcas, que en aquellos años controlaban el país balcánico.

Bruce se las ingenió para sacar de Grecia 200 cajones repletos de tesoros de la Acrópolis, burlando los controles de aduana de los turcos. Más de doscientos años después, los responsables del Museo londinense aseguran que aquello no supuso ningún expolio, ya que las piezas que actualmente exhiben sus salas estaban en gran peligro. Curiosamente, una encuesta efectuada hace años desveló que el 90 por 100 de los ciudadanos británicos estaban a favor de que los valiosos mármoles fueran devueltos a Grecia.

Pero el Museo Británico no sólo alberga estas joyas del Partenón. En su interior también se puede apreciar una de las estatuas de las Cariatides, que estaban situadas en el ala Norte de la Acrópolis, y numerosas piezas del arte clásico heleno: copas magníficamente conservadas, esta-



*El Partenón de Atenas, cuyos frisos fueron expoliados y ahora se exhiben en el British Museum de Londres.*

tuas esculpidas en diversos materiales, cabezas de bronce, figuras colosales del mausoleo de Helicarnaso y mármoles del templo de Artemisa en Éfeso (dos ciudades griegas cuyos restos se encuentran hoy día en territorio turco).

Tras años de demandas para que les sean devueltas todas estas joyas arqueológicas, las autoridades helenas han decidido construir un nuevo y exclusivo Museo en la Acrópolis para albergar los valiosísimos mármoles, una iniciativa que a buen seguro presionará a las autori-

dades británicas. La nueva sala fue inaugurada semanas antes de que comenzaran los Juegos Olímpicos que se celebraron en Grecia en el 2004. Dimitrio Pandermalis, en aquel entonces presidente de la Organización del Nuevo Museo de la Acrópolis, aseguró que el recinto permanecerá vacío a la espera del regreso de las codiciadas figuras.

Sin embargo, los deseos de las autoridades griegas chocan con las numerosas leyes y acuerdos que amparan a los grandes museos europeos y estadounidenses,



**Los países expoliados exigen la devolución de los tesoros que almacenan los museos europeos y americanos.**

cuyas salas muestran sin pudor las obras de arte que saquearon en los siglos XVIII y XIX. Entre otras, las que alberga el museo parisino del Louvre, en cuyas salas se pueden admirar algunas piezas del Partenón, como *El centauro asaltando a una mujer*, la famosa Venus de Milo y la *Victoria de Samotracia*.

Lo mismo ocurre en el museo berlinés de Pérgamo, que exhibe valiosas piezas que se adquirieron en las excavaciones en Olimpia (mediados del siglo XIX). Este museo también custodia obras provenientes de colecciones privadas, como la estatua de una diosa sentada en un trono, un mármol que el museo alemán compró en el mercado de arte parisino en 1915.

Exceptuando los riquísimos fondos arqueológicos del Louvre de París y del Museo Británico de Londres no existe otra colección europea que se iguale a la que atesora el Museo Pérgamo de Berlín. El trabajo de excavaciones que llevaron a cabo los arqueólogos alemanes en la antigua Babilonia (Irak) empezó en 1899 y continuó sin interrupciones hasta 1917. Producto de aquel trabajo es la espectacular reconstrucción de la puerta de Ish-

tar (siglo VI a.C.) que se puede admirar en el museo de la capital alemana.

Esta monumental puerta se hallaba en la zona noroeste de la muralla de Babilonia. Para atravesarla, una persona tenía que caminar 48 metros hasta llegar al interior de la ciudad, lo que da una idea de las grandiosas fortificaciones que rodeaban la antigua ciudad babilónica.

El monumento más famoso del periodo de Hammurabi, la estela con el código del soberano del mismo nombre, se halla en el Louvre de París, cuyas salas también atesoran otras joyas mesopotámicas: el león del Templo de Ishtar, Hammurabi rezando, el toro alado de Khorshabad y estelas de Sargón y altos dignatarios.

Por su parte, el Museo Británico de Londres guarda cientos de estelas y estatuas babilónicas y asirias, como la cena de Ashurbanipal, la estatua de Ashurnasirpal II, el colosal toro alado de cabeza humana o bajorrelieves de guerra y de caza de leones.

Egipto también ha exigido que se le devuelvan las joyas monumentales que le expoliaron los europeos. En realidad, el saqueo de los yacimientos arqueológicos a orillas del Nilo lo iniciaron los pro-



**La gigantesca "Puerta de Ishtar" (Babilonia, siglo VI a. de C.) se puede admirar en el Museo Pérgamo de Berlín.**

prios egipcios (ladrones de tumbas) y lo continuaron los emperadores romanos y bizantinos, que se hicieron con numerosos monumentos, estatuas y enormes obeliscos, alguno de los cuales todavía puede contemplarse en Roma.

Pese a todo, el mayor saqueo se produjo con la invasión napoleónica en Egipto. En 1801, después de la capitulación de Alejandría, los franceses tuvieron que ceder a los ingleses parte de las antigüedades egipcias que había obtenido Napoleón. Un buen número de piezas pudieron viajar a París, donde están expuestas en el Museo del Louvre.

La otra parte del botín, la que cayó en manos británicas fue cedido por el rey Jorge II al Museo Británico, que actualmente reúne una colección de unas 70.000 piezas. Entre ellas la famosa piedra de Rosetta, cuyos textos jeroglíficos, demóticos y griegos permitieron a Champolión descifrar la milenaria escritura egipcia. En el museo londinense también se encuentran numerosos sarcófagos, como el de Nectanebo II, monumentales estatuas, como la de Ramses II, la falsa puerta de la tumba de Kaihap y valiosísimos papiros.



En París, las salas de egiptología del museo del Louvre albergan un magnífico puñado de obras selectas. La famosa estatua del escriba sentado de Sakkara, la Mastaba de Akhetetp, esculturas de madera y granito, una fantástica figura de Thutankamon, paños del Libro de los Muertos de Nebqed, el sarcófago de Ramses II y otras valiosas obras componen la colección de arte egipcio del museo.

La plaza de la Concorde, en París, también exhibe con orgullo el enorme obelisco de Lúxor. Aunque no lograron emular la colección del Louvre ni tampoco el monumental catálogo de piezas egipcias del Museo Británico, los alemanes hicieron esfuerzos para no quedarse atrás. Alexander von Humboldt fue quien

sugirió al rey Federico Guillermo de Prusia que concediese a Richard Lepsius los medios necesarios para una expedición a Egipto.

Fruto de tal expedición fue la colección del Museo Egipcio de Berlín, cuya joya inigualable es el famoso busto de la reina Nefertiti, una de las piezas que más codicia el Ministerio de Cultura egipcio, que hace ya varios años recibió de las autoridades alemanas un regalo inesperado: el sarcófago recubierto de oro del faraón Akhenatón, que hasta entonces custodiaba el Museo Estatal de Arte Egipcio de Munich.

Egipto, que probablemente ha sufrido el mayor expolio patrimonial de la historia, también se ha sumado a esta encarnizada lucha de devoluciones. Sus momias,

sarcófagos, sus dioses en forma de pequeñas y grandes figuras de mármol, los símbolos de los faraones y hasta algunos de sus más bellos obeliscos adornan las ciudades y los museos de Europa.

Sin embargo, no todo el mundo piensa que estas prácticas hayan supuesto un saqueo al patrimonio histórico de naciones milenarias. Algunos expertos en arte afirman que esas piezas históricas se conservan mejor en museos modernos que en los países de origen. Pero esta argumentación quedó en entredicho en 1998, cuando se supo que un grupo de especialistas del Museo Británico había destruido la pátina que cubría los mármoles de los frisos del Partenón de Atenas.

En 1841, el descubridor de la milenaria ciudad de Troya, Heinrich Schliemann se instaló en Amsterdam y alquiló una modesta buhardilla, donde aprendió holandés, español, italiano y portugués. Tres años después manejaba con soltura el ruso y comenzó a prosperar en los negocios. «Hasta 1854 no me fue posible dedicarme al estudio del sueco y el polaco», escribió Schliemann en su diario.

En 1856, aquel portentoso políglota comenzó el estudio del griego moderno y a los tres meses ya dominaba al griego clásico. Con aquel valioso bagaje cultural y tras hacerse millonario decidió descubrir la legendaria ciudad de Troya, una quimera homérica en la que no creían los arqueólogos. Sin embargo, su tenacidad le permitió encontrar varias ciudades superpuestas en un yacimiento en los Dardanelos, en pleno territorio turco.

En aquel preciso lugar, Schliemann encontró la supuesta ciudad de Troya y el denominado tesoro de Príamo. Recurriendo a todo tipo de ardides sacó las joyas con la ayuda de su mujer y las llevó a Atenas. El tesoro, compuesto por unos 11.000 objetos de diversos materiales, fue trasladado a Berlín. Sin embargo, tras la II Guerra Mundial, la colección pasó a manos de los rusos, que la mantuvo oculta en el museo Pushkin de Moscú, sin que nadie —salvo algunos escogidos altos cargos del PCUS— tuvieran acceso a la misma.

En 1993, la confirmación de su existencia desató una agria disputa entre rusos, alemanes y turcos. Mientras los turcos aseguran que harán todo lo posible para recuperar ese tesoro, sus últimos



*Museo Pérgamo (Berlín).*

propietarios legales, los responsables de la Fundación del Patrimonio Cultural Prusiano, exigen que sea devuelto a Berlín, de donde se lo llevaron las tropas soviéticas en 1945. Los alemanes recuerdan que Schliemann cedió en 1881 toda la colección a la Alemania Imperial con la condición de que fuera custodiado en «propiedad eterna en la capital del Imperio».

España también sufrió en el pasado el expolio de muchas joyas de su patrimonio histórico. La falta de legislación, los regalos hechos por políticos sin escrúpulos y la incomprensible actitud de algunos miembros de la Iglesia permitieron la salida de innumerables obras de gran valor patrimonial e histórico, entre ellas un rico artesanado de la Alambra de Granada que se puede ver en la sala de arte árabe en el Museo berlinés de Pérgamo.

El salón mudéjar de Santa Isabel de los Reyes (Toledo) se encuentra en el Museo de San Luis (Estados Unidos). Lo mismo que dos capiteles románicos de Santa María de Lebanza (Palencia), que se pueden admirar en el Museo Fogg de Cambridge, o la portada de la iglesia románica de San Miguel de Uncastill (Zaragoza), que se exhibe en el Museo de Boston desde 1915, fecha en que la vendió el obispo de Jaca.

El patio renacentista de un palacio de Vélez Blanco se desarmó y embolsó en cajas. Un pequeño tren especialmente construido para la ocasión llevó la carga a la costa, donde fue trasladada a un barco que la transportó a Estados Unidos. Este magnífico patio se puede admirar en el Metropolitan Museum de Nueva York.

Con estos métodos salieron de nuestro país el techo de la Casa del Judío (Tuel), la reja de la catedral de Valladolid y los monasterios de Oliva y Sacramenia (Segovia), que fueron expoliados en los años 20 por el historiador norteamericano Arthur Byne. Los monasterios engrosaron la colección privada de William Randolph Hearst —magnate de la prensa americana que retrató Orson Welles en la celeberrima película *Ciudadano Kane*.

Aquellas turbias operaciones de Byne contaron con la ayuda de relevantes personalidades de la política española de la época, como el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes de Primo de Rivera, que también propició que la reja de la



*Museo del Louvre (París).*

catedral de Valladolid, de 16 metros de altura por 12 de ancho, llegase a manos de Hearts, cuyos herederos la cedieron al Metropolitan Museum de Nueva York, donde se exhibe actualmente.

Curiosamente, Byne recibió de Primo de Rivera la Cruz al Mérito Civil por su labor de difusión de la cultura española. Cabe recordar que en 1915 se promulgó una ley que permitía en ciertos casos la compra de monumentos. Una situación que cambió con un decreto ley de 1926 y con la ley de 1933. Desde entonces, la legislación ha evolucionado mucho y actualmente sería impensable que pudiera ocurrir algo así.

Desde 1970 existe una convención de la UNESCO para la devolución del patrimonio artístico a sus naciones de procedencia. Pero este acuerdo internacional

no ha sido firmado por algunos países poderosos, como Estados Unidos, Canadá, Reino Unido y Alemania, temerosos de perder el riquísimo legado milenario que expoliaron años atrás.

España, que sí rubricó el dicho convenio, ya ha restituido algunas piezas a Colombia y Perú. Pero otras obras de gran valor del periodo precolombino continúan expuestas en museos y colecciones privadas españolas, como, por ejemplo, unos códices mayas que forman parte del museo Arqueológico de Madrid. Cabe recordar que diversas joyas intactas, mayas o aztecas, que fueron trasladadas a España como botín de guerra, se perdieron o se encuentran desperdigadas en diferentes instituciones europeas.

Aunque a otra escala, el saqueo de yacimientos arqueológicos se sigue pro-



*La Sala Egipcia del Louvre alberga una impresionante colección de piezas que fueron expoliadas por las tropas y científicos de Napoleón.*



*Innumerables piezas del arte faraónico se encuentran desperdigadas en los mejores museos europeos. Las autoridades egipcias exigen la devolución de algunas obras.*

duciendo hoy día. El tráfico internacional de arte mueve mundialmente al año cerca de 3.000 millones de dólares, según la UNESCO. Una parte importante de esta cantidad corresponde a la venta ilegal de piezas robadas que adquieren los museos o coleccionistas privados.

En julio de 2001, el Consejo Internacional de Museos (ICOM) pidió la unificación de leyes internacionales para frenar la creciente sangría ilegal de patrimonio histórico que sufren algunos países de África negra, Asia, Iberoamérica y, también, algunas naciones europeas con un legado cultural importante, como España, Grecia o Italia.

Hace ya varios años, Lord Renfrew, director del Instituto Arqueológico de

Cambridge, denunció al que entonces era presidente de la República francesa, Jacques Chirac, por haber maquillado la adquisición de varias antigüedades Nok, expoliadas a Nigeria. La denuncia tuvo como escenario una reunión celebrada en la sede de la UNESCO en París.

Lord Renfrew aseguró que «los grandes hombres deberían comprender que la protección del patrimonio humano es una cuestión que va más allá del chauvinismo». Acto seguido, el experto británico acusó a Chirac de haber encubierto la adquisición de varias antigüedades de la cultura Nok (Nigeria) en el mercado clandestino para posteriormente exponerlas en un ala del museo parisino del Louvre. El director del Instituto

Arqueológico de Cambridge olvidó que el British Museum todavía alberga en sus salas los frisos del Partenón y otras valiosas obras asirias, mesopotámicas, camboyanas, indias, egipcias y de otras culturas.

Pero el expolio no sólo lo sufren las empobrecidas naciones africanas o el patrimonio histórico de Egipto, Grecia, Turquía o Irak. Aunque en menor escala, Europa también padece las nefastas consecuencias de este problema. Los nuevos saqueadores utilizan equipos sofisticados de buceo, minisubmarinos, moderna tecnología de detección de metales y prismáticos de visión nocturna.

Asimismo, los piratas del siglo XXI bucean en archivos históricos, donde hallan indicios para saquear pecios españoles de los siglos XVII y XVIII hundidos cerca de la costa Mediterránea. Otros delincuentes disponen de informes redactados por expertos para excavar en yacimientos italianos, griegos o españoles. Muchos de ellos suelen trabajar por encargo de acaudalados coleccionistas. Y pocas veces las piezas esquiladas vuelven a sus lugares de origen.

La falta de legislación que se produjo en nuestro país hasta prácticamente 1930 propició la pérdida de valiosos monasterios y edificios civiles, que fueron a parar a colecciones privadas o a museos estadounidenses. Incluso en una época más reciente, el Consejo de Ministros y la Academia de Bellas Artes de San Fernando aprobaron en 1956 la cesión indefinida a Estados Unidos del ábside de San Martín de Fuentidueña (Segovia). Los museos estadounidenses albergan obras mudéjares, sepulcros, esculturas o la mismísima reja de hierro de la catedral de Valladolid.

En algunos casos, las piezas expoliadas poseen un relativo valor artístico, aunque su simbolismo las hace inapreciables para sus países de origen. Este es el caso de las momias de los pieles rojas que albergaba en el Museo Smithsonian (Estados Unidos), que finalmente fueron devueltas a sus propietarios, o el trono de la monarquía sij, pieza que esta minoría hindú reclama al Gobierno británico. Si prosperasen estas iniciativas, las salas de los grandes museos europeos y estadounidenses podrían quedar semivacías en cuestión de pocos años. ●